

DESAFIANDO A GOLIAT

Por Stephen C. Perks

Hay muchas cosas que el Cristiano como individuo y la familia Cristiana pueden hacer en sus vidas para dar testimonio de la fe por la manera como viven, mostrando así la naturaleza de la antítesis que existe entre la vida de fe en Cristo y la manera en que el mundo vive. En nuestra conducta personal, en nuestra conversación, en los principios éticos de los que damos testimonio en nuestros tratos con otros, en la manera como nos conducimos como solteros y como casados en contraste con la inmoralidad dominante del mundo secular, en la manera como criamos y educamos a nuestros hijos – en todas estas áreas, y muchas más, el Cristiano como individuo y la familia Cristiana debiesen establecer un ejemplo hacia los no-creyentes que desafíe la “sabiduría” recibida del mundo. Pero existen límites a lo que puede lograr el testimonio del Cristiano como individuo y las familias Cristianas aisladas comprometidas con la práctica del estilo Cristiano de vida. Si el mundo verdaderamente va a ser trastornado por la fe Cristiana, es decir, si nuestra cultura en su totalidad ha de ser cambiada para bien y conformada a la voluntad de Cristo como se presenta en su palabra revelada, la Biblia, y si nuestra nación una vez más va a empaparse de una cosmovisión Cristiana que llegue a sustituir a la cosmovisión humanista secular que hoy domina a la sociedad, la *Iglesia*, como el cuerpo de Cristo, debe comenzar a vivir como una comunidad de fe que impacte la totalidad de la vida y la sociedad, y no solo desafiando a la cultura secular dominante, sino también ofreciendo, a través de su vida corporativa de fe, una alternativa realista a la cultura de la muerte del humanismo secular, a saber, una cultura global de vida en Cristo.

Aunque los Cristianos y las familias individuales ciertamente pueden lograr mucho poniendo por obra su fe de manera práctica en sus vidas, la nación como un todo no será discipulada para Cristo una vez más hasta que la Iglesia, i.e. el cuerpo de Cristo como un todo, comience seriamente a tomar su misión cultural una vez más.

No estoy hablando aquí solo sobre la Iglesia institucional, mucho menos acerca de las denominaciones. Más bien estoy hablando de la Iglesia como un *organismo*, una comunidad viviente de aquellos que creen en Cristo y en el poder del Espíritu, operando a través de su palabra, para transformar no solamente vidas individuales sino culturas totales. Tal transformación requiere que los Cristianos actúen *juntos* en traer el evangelio sobre nuestras vidas y la sociedad.

Por ejemplo, algunos médicos generales ahora ofrecen consejería a los pacientes como parte de su atención. Han comenzado a reconocer que los seres humanos son más que un complejo de procesos biológicos, y que su condición psicológica y espiritual afecta su salud física. Por lo tanto, la respuesta a muchas dolencias puede que no sea meramente una droga, sino el tratamiento de su vida mental y también de la conducta. El problema es que la base filosófica sobre la cual se ofrece esta consejería no es Cristiana. Asume un modelo no-Cristiano del ser humano. Pero, ¿qué pasaría si las prácticas de los médicos generales ofrecieran servicios médicos sobre la base de un modelo Cristiano del hombre como un ser hecho a la imagen de Dios y quien, por lo tanto, puede ser restaurado a la plena salud,

espiritual, psicológica lo mismo que física, cuando es restaurado al compañerismo con Dios en Cristo? ¿Qué pasaría si, en lugar de la consejería humanista secular, las personas fuesen a médicos generales Cristianos y se les ofreciera consejería Cristiana? ¿No sería este un medio muy efectivo para aplicar el evangelio de manera práctica?

Esta no es, de ninguna manera, una idea novedosa. De hecho, lo que es novedoso es el abandono de tal idea. La Iglesia a lo largo de su historia ha visto la provisión de cuidado médico como una de sus misiones principales en el campo misionero. Pero ya no lo hace, excepto en períodos de misiones extranjeras a las naciones del Tercer Mundo. Pero la Iglesia no ha visto esta importante área de misión en términos tan estrechos históricamente hablando. Nuestros hospitales y servicios médicos tuvieron sus orígenes en la misión de la Iglesia, y el desarrollo de estas instituciones fue el logro de una cultura Cristiana en la cual los creyentes reconocieron estas áreas de trabajo como una parte importante de su misión cultural más amplia. Ahora que el estado secular ha secuestrado muchas de estas instituciones la Iglesia ha abandonado en general la provisión médica como un legítimo campo de misiones. En el menor de los casos, dada la naturaleza radicalmente secular y neo-pagana de la sociedad moderna, toda el área de los servicios médicos y de salud debiesen ser vistos como un importante campo de misión. Parte del llamado de la Iglesia es mostrarle a la gente que deben mirar a Dios en busca de su sanidad, de su bienestar, porque en verdad Él es el autor de ella. En lugar de eso, en efecto, el mensaje de la Iglesia de la Iglesia ha sido, “Consigue tu seguro del fuego del infierno en la Iglesia, pero el cuidado de tu salud y tu bienestar proviene del impío Estado secular, y debe ser financiado por medio de impuestos. Ya no es nuestra misión.” Es irrelevante si los Cristianos han querido decir esto o si así lo han deseado. Es el mensaje que el mundo ha escuchado como resultado de la teoría social que la Iglesia como un todo adoptó y promovió en el siglo veinte. Es tiempo que la Iglesia sea curada de esta miopía. Ella es llamada por Dios a conducir al mundo hacia la salvación, no a seguir las últimas modas del mundo.

Claro está, sería muy difícil, probablemente imposible, establecer en las presentes circunstancias tal práctica medica dentro del NHS.¹ Esto hace la labor mucho más difícil, pero no imposible. Sin embargo, probablemente sea imposible, para uno o dos, o incluso para un pequeño grupo de médicos el hacer esto por ellos mismos sin el respaldo y apoyo de al menos la Iglesia local. Y probablemente necesite una iniciativa más regional y el respaldo de las Iglesias para que sea efectiva desde un punto de vista legal y político debido a que la moderna clase política dominante no simpatiza con tales iniciativas. Posiblemente se necesite aplicar presión a escala nacional y local a la burocracia que dirige nuestras vidas cada vez más. Pero esto no es todo lo que se necesitaría. Tal iniciativa requeriría que los Cristianos se involucren y que las Iglesias respalden la práctica del programa en el ámbito del paciente. Sin tal programa en el NHS esto también implicaría una gran cantidad de sacrificio financiero.

Pero se podría preguntar, ¿por qué debiese la Iglesia pagar dinero (i.e., por qué debiesen los Cristianos usar su diezmo) para tales iniciativas cuando ya tenemos un servicio de salud financiado con impuestos? Porque en la situación actual nuestra sociedad es más un campo misionero, con una población asolada por la idolatría, como muchas de las naciones del

¹ El NHS es el Servicio de Salud Nacional Británico, i.e., el lado nacionalizado del cuidado de salud del Estado Británico de Asistencia Social.

Tercer Mundo donde tales servicios son considerados un uso legítimo de los fondos financieros de la Iglesia. La Iglesia siempre se ha comprometido con tales programas en los siglos pasados. Y los resultados de tales misiones fueron efectivos y de amplio alcance. El NHS no es una institución Cristiana y necesitamos urgentemente una alternativa Cristiana a la filosofía y práctica del cuidado de la salud en nuestra sociedad si es que esta área ha de ser redimida y conquistada para Cristo. Necesitamos proveer una alternativa que tarde o temprano llegue a crecer y sustituya al sistema impío del NHS del que dependemos en la actualidad. Somos llamados como Iglesia, como comunidad Cristiana, a transformar nuestra *nación* (Mat. 28:18-20), y esta es una parte importante de nuestro llamado.

Sin la Iglesia como un todo en tales iniciativas muy poco puede lograrse porque el sistema contra el cual estamos es masivo y bien organizado. La Iglesia – i.e., los Cristianos, incluyendo pero no limitada a la iglesia institucional – necesita actuar en conjunto para proveer el momento financiero, organizativo, moral y social necesario para hacer que tales proyectos comiencen y se mantengan funcionando.

Es el fracaso de la Iglesia Occidental como un todo, no solamente el no actuar de esta manera, sino incluso no pensar en estos términos más amplios, lo que ha atado su testimonio hacia el mundo y que sigue haciéndola irrelevante para las vidas de la mayor parte de la gente en la sociedad moderna. La gente no mira a Dios en busca de lo que necesitan para vivir, ponen su mirada en el gran ídolo del humanismo secular, el Estado secular. Y la Iglesia ya no es una voz profética a la nación, ya no reprende a la nación por su idolatría, ya no le enseña a la gente a poner su mirada en Dios para buscar estas cosas, de hecho la Iglesia, como un todo, tolera esta idolatría.

Pero no siempre fue de esta manera. De hecho, usualmente no ha sido de esta manera. Son las actitudes y las prácticas modernas de la Iglesia, o más bien su falta de prácticas, las que son poco ortodoxas, no aquellas de la Iglesia de los siglos previos, comparada con la cual la Iglesia moderna parece más bien una antítesis y con una gran simpatía con la “sabiduría” de este mundo. La mayor parte de los hospitales en la Gran Bretaña no fueron erigidos por los humanistas seculares, ni siquiera por el NHS cuando llegó a existir, sino que fueron establecidos por Iglesias y por agencias Cristianas de caridad que vieron estas instituciones como el fruto necesario de un estilo Cristiano de vida. Fueron el producto de una cosmovisión Cristiana y de un sistema Cristiano de valores. Lo mismo es en lo general cierto del sistema educativo. Ambos fueron creados por una sociedad Cristiana, por Cristianos y por Iglesias que expresaban su fe de una manera socialmente relevante y significativa. Esta era la manera como la fe de la Iglesia afectaba a la nación. Tan pronto como el Estado tomó el control de estas instituciones comenzó el proceso de secularización – i.e. estas instituciones Cristianas fueron despojadas, lenta pero sistemáticamente, de los principios Cristianos sobre los cuales fueron establecidas y que guiaron su trabajo por largo tiempo. Este proceso de secularización se encuentra ahora casi completo.

Como muestra la reseña de David Estrada sobre la obra de Herbert Schlossberg, *La Revolución Silenciosa & la Formación de la Inglaterra Victoriana*, la habilidad de la Iglesia, de los Cristianos actuando de manera corporativa, para transformar la sociedad de la cual son parte no es un asunto de meras teorías. En realidad sucedió. Creó una nación Cristiana – no una nación perfecta, de ninguna manera, pero sin embargo, una nación

Cristiana. Esto muestra que lo que encaramos no es una tarea imposible. La sociedad puede ser cambiada. Ha sido hecho antes por Cristianos que tomaron su misión cultural con seriedad. Y puede hacerse otra vez, pero solo si el cuerpo de Cristo, la Iglesia como un organismo (no excluyendo a la Iglesia institucional) actúa con visión, convicción y determinación, y se prepara para hacer los sacrificios que tal misión necesita. Dios bendecirá tales esfuerzos en maneras más allá de nuestra imaginación. Pero la Iglesia primero debe vencer la indiferente apatía que actualmente la aflige y prepararse para los sacrificios que la transformación de nuestra sociedad vaya a requerir.

Dios no nos llama a una tarea imposible. Él nos llama a vencer al mundo por nuestra fe (1 Juan 5:4). Esta no es una victoria mística o puramente “espiritual.” Es un triunfo práctico sobre el mal. Dios nos llama ahora a trabajar por esta victoria sobre el mundo a través de todo el espectro de la vida, y nos llama no solamente como individuos y familias, sino como su cuerpo en la tierra, la Iglesia, una comunidad de fe que vive como una comunidad de fe, y al hacerlo así transformará la sociedad. La Iglesia de las edades previas hicieron esto con un éxito notable. Hoy la situación ha sido revertida. El mundo ha vencido a la Iglesia y nuestro coraje para resistir parece haberse evaporado. La Iglesia es una nación conquistada y ocupada – ocupada literalmente en muchas de nuestras Iglesias, que son gobernadas por clérigos que no tienen simpatía por la fe una vez recibida y que han desechado toda pretensión de fidelidad a la palabra de Dios, la Biblia, la cual es tratada con indiferencia, incluso con desdén por tantos de nuestros obispos, líderes denominacionales y pastores.

Es tiempo que la Iglesia se deshaga de estos asalariados y que haga sus primeras obras. Cristo nos ha llamado a llamar a todos los hombres y naciones al arrepentimiento y nos ha comisionado para discipular a las naciones. Esto solamente puede ser logrado por la Iglesia, el cuerpo de Cristo, trabajando junto como una sociedad alternativa que eventualmente transformará a toda la nación, reemplazando la cultura humanista secular que actualmente domina nuestras vidas con una cultura verdaderamente Cristiana. Para que esto suceda debemos *hacer* aquellas cosas que desarrollarán de manera práctica el reino de Dios en nuestra sociedad. La oración no es suficiente. Dios nos llama a la acción. La oración sin acción es nada más una excusa para la pereza. Dios no escuchará tal oración. Él requiere de nosotros que *hagamos* su voluntad. No hemos de ser solamente oidores de la palabra, sino hacedores de la palabra. Aquellos que solamente son oidores de la palabra, nos dice la Biblia, están engañados (Santiago 1:22). La oración sin acción no es de utilidad para el mundo, y además, es desobediencia a Dios. No nos engañemos. Dios no escuchará tal oración. Él apartará su rostro de nosotros. ¿No es esto justamente lo que ha sucedido en Gran Bretaña? Oh sí, la gente se convierte. Dios siempre salvará a sus elegidos. Pero la nación se vendrá abajo, como en realidad lo está haciendo, y esto continuará hasta que la Iglesia una vez más comience a cumplir su llamado de transformar la nación haciendo las obras para las cuales Dios la ha llamado (Efe. 2:8-10).

Para que esta transformación suceda la Iglesia debe actuar como una comunidad de fe, i.e., los Cristianos deben actuar juntos en cualquier manera que puedan para crear un gran ímpetu que venza, por la gracia de Dios, al mundo una vez más. Esto significará que los líderes y los clérigos de la Iglesia tendrán que hacer a un lado sus insignificantes rivalidades y poder político y comenzar a pensar y actuar en términos del reino de Dios en lugar de

verse absorbidos con sus propios pequeños imperios eclesiásticos. Quiere decir que tendrán que comenzar a enseñar el significado del reino de Dios no como su propia secta, llamado a retirarse del mundo, sino como la obra de Dios en redimir el mundo, una causa a la que están llamados a dedicar sus vidas. Significará que los miembros de las Iglesias deben comenzar a tomar su cruz y a hacer los sacrificios que esta obra requiera en lugar de insistir en ser consentidos y mimados con la adoración de entretenimiento y con un “ministerio” auto-indulgente. Hay mucho que el individuo y la familia pueden hacer, y deben hacer, claro está. Pero hasta que la Iglesia como un todo comience a vivir de una nueva manera, de una manera que demuestre el poder del reino de Dios al mundo a su alrededor, como una comunidad de fe preparada para transformar la sociedad en todos sus aspectos e instituciones, su decadencia continuará y no tendrá nada sino otros cuarenta años en el desierto para seguir esperando. Existe una alternativa para este escenario deprimente, pero la Iglesia debe hacer a un lado sus ídolos y actuar con visión y determinación en términos de la palabra de Dios. La Iglesia debe dejar de huir de Goliat y comenzar a escoger sus piedras cuidadosamente (1 Sam. 17:40). *C&S*

Este editorial apareció en la revista *Christianity & Society*, publicada por la Fundación Kuyper (www.kuyper.org), Vol. XIII, No. 1, Enero del 2003.